OPINIÓN

Pobreza que genere riqueza

Por Juan Becerra Acosta · 1 de agosto de 2022 · 5 min de lectura

La corrupción y con ella el saqueo que ha sufrido México dio como uno de sus muchos y funestos resultados el que el agandalle, la delincuencia, el abuso, el robo, la prepotencia y la impunidad se normalizaran de tal manera que se convirtieron en algo natural en el comportamiento de la clase política y, aunque con indignación y coraje, también por una ciudadanía víctima de un aparato que institucionalizó la deplorable frase *"el que no transa no avanza*" a la que se sumó en una conducta que respondió a la injusticia a la que fue sometida una y otra vez en, prácticamente, todos los contextos que le competían, lo que construyó una escalera de víctimas y victimarios que enlodó de arriba para abajo el tejido social de manera opuesta al sentido común.

Cuando hoy se habla sobre la corrupción durante el pasado reciente de nuestro país, la conversación conlleva de manera implícita, y no discursada, una enorme carga histórica que se remite a la conquista y al mecanismo de defensa al que las mayorías tuvieron que acudir como respuesta adaptativa para subsistir, algo que se traslada al inconsciente colectivo y es antepuesto por el señalamiento únicamente de las conductas de figuras que ejercieron cargos públicos y sus secuaces, pero más allá de ellas parece que acciones reprobables de ciudadanos de a pie como la mordida al policía del crucero, el moche para un trámite, la luz roja no respetada, o la basura que sobre se arroje a la calle; no formaran parte del ciclo de corrupción del que tanto nos quejamos pero del que también, muchos sin reconocerlo, hemos formado parte por lo menos en una ocasión. No olvidemos que la corrupción requiere tanto de la existencia del corrupto, como de la del corruptor.

Si partimos de que esa escalera de descomposición contagia de arriba hacia abajo, es normal que en el imaginario colectivo queden presentes solamente los actos de corrupción que las élites del poder han llevado a cabo, finalmente son ellas quienes marcaron la pauta del cauce de inmoralidad al que posteriormente se sumaron otros sectores de la población. Ante la necesidad de terminar con esa inercia de deshonestidad normalizada surge la importancia de construir un modelo de austeridad gubernamental que vaya en la misma dirección que durante tanto tiempo tomó el cohecho, de arriba para abajo, algo sobre lo que parece existir desconocimiento con respecto a lo que implica y a lo que no, pues la austeridad es un modelo totalmente opuesto a aquello que se normalizó de manera institucional, el dispendio.

Pasamos de un modelo de saqueo en 2018, a otro de austeridad que hoy busca ser elevado a rango constitucional con características a las que el Presidente ha llamado de "*pobreza franciscana*" en una frase que más allá de lo religioso conlleva un enorme significado social y nos remite a la orden de los franciscanos, cuya principal característica es la pobreza que otorga la riqueza, algo que por más contradictorio que pueda escucharse lejos está de serlo y responde a la profusión que da el no necesitar más de lo justo para conseguir bienestar. Francisco de Asís se veía a sí mismo como un caballero al servicio de un Señor y una Dama; su Señor era Jesús y su Dama la pobreza, lo que no significa que romantizaría la penuria -estaba muy consiente de ella y sus estragos- sino que adoptó la pobreza para emular el estilo de vida de su Señor, sin lujos ni propiedades y con lo justo necesario para subsistir y entonces dedicarse a la labor enteramente espiritual.

Si para el Gobierno de México su Señor es el pueblo y su Dama la pobreza, entonces el mensaje de Andrés Manuel López Obrador con respecto a que el Gobierno de nuestra nación sea uno de pobreza franciscana puede referirse a que, sin lujos y con lo justo necesario para operar, pueda dedicarse a su labor social, porque no debe existir gobierno rico en un país empobrecido. La fórmula es cero corrupción y un modelo de austeridad que permitan la liberación de recursos que se entreguen a quienes más los necesitan, además de destinarse a proyectos que generen oportunidades de desarrollo, algo que no estuvo en el interés de los funcionaros de gobiernos que utilizaron al servicio público como eufemismo para enriquecerse con el hambre de los más pobres.

Se debe entender que la austeridad no significa no gastar, más bien es no hacerlo en lo que no se necesita para en su lugar dirigir los recursos a donde sí deben ir, al tiempo en el que se hace eficiente este proceso. Se vigila que los precios no estén inflados y que, por ejemplo, no se compren tornillos de 10 centavos en 100 pesos. No se trata de demoler -como parecen desear algunos opinadores- Palacio Nacional, sino aprovecharlo y dejar de construir “cabañas” y “suites” en Los Pinos para, en su lugar, abrir sus puertas a la gente y darle sentido a lo que de origen no lo tuvo, pero que ya existe, y se debe aprovechar. La austeridad no es cerrar la llave, es ponerle un filtro para no desperdiciar.

No se preocupe estimado lector, por lo que haya leído en chats de tías y tíos que, preocupados, forman parte de los agoreros que vaticinan una crisis económica derivada de un modelo de austeridad que nada más no comprenden. Preocupante sería que en nuestro horizonte se acercara de nuevo aquella sombra del dispendio que durante tanto tiempo se normalizó y a través del cuál funcionarios y sus familias y amistades usufructuaron los recursos de la nación en beneficio propio y en detrimento del pueblo. ¿A dónde prefiere que se vayan los impuestos que pagamos?, ¿a solventar lujos innecesarios de dependencias y funcionarios, o a programas sociales y obras que generen desarrollo? Se la pongo más fácil aún: ¿a “picharle” el reventón con avión de la Fuerza Aérea y casa de FONATUR a Palazuelos, u otorgarle becas a niños que cursan educación básica?

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/pobreza-que-genere-riqueza
Descargado el 21 de noviembre de 2026.